

T. C. BOYLE

*Una libertad luminosa*

*Traducción de Jon Bilbao*



Basilea, años cuarenta. Albert Hofmann lleva a cabo ensayos clínicos con su última creación, el LSD, un compuesto químico que subvertirá el mundo de la cultura. Harvard, a comienzos de los sesenta. Fitzhugh Loney, estudiante de psicología, es invitado a la fiesta que da Timothy Leary, psicólogo y entusiasta de las drogas psicodélicas. Allí tendrá su primer contacto con el LSD y emprenderá un prodigioso viaje que empieza en un campus de Cambridge, donde Leary conduce unos experimentos dudosamente científicos, y que acabará convirtiéndose en una experiencia reveladora y desconcertante. A través de la historia de Timothy Leary y sus lisérgicos psiconautas, esta novela supone el testimonio de una época convulsa, los años sesenta, y la aparición de una droga que cambiaría el mundo para siempre.

Ariane Fasquelle,  
*in memoriam*

Desconecta, relájate y déjate llevar.  
No es morir, no es morir.

JOHN LENNON & PAUL MCCARTNEY, *Tomorrow Never Knows*

¿Adónde ha huido el destello visionario?  
¿Dónde están ahora la gloria, el sueño?

WILLIAM WORDSWORTH, «Oda: Confesiones de  
inmortalidad, a partir de recuerdos de la primera infancia».

PRELUDIO  
BASILEA, 1943

¿Era veneno? ¿Algo fuera de la ley? ¿Un riesgo sin sentido? No habría sabido decirlo. Llevaba todo el día inquieta, pensando que se estaba comportando como una tonta; porque si alguien en el edificio sabía bien lo que hacía, ese era su jefe. Desde que empezó a trabajar para él, hacía justo un año, nunca lo había visto dar un paso en falso; era minucioso, cauto, seguro y no ponía en peligro su integridad ni la de sus ayudantes. Algo que no se podía decir de todos los químicos que trabajaban allí. Algunos – no ignoraba los cotilleos– se volvían descuidados a medida que transcurría su jornada, no se tomaban la molestia de ponerse las gafas de seguridad o iban de un lado a otro con las pipetas de ácido nítrico o hidróxido de sodio como si estuviesen llevando la bolsa de la compra de camino a su casa, e incluso alguno (aunque se trataba de un rumor) bebía en el trabajo. ¿Y a quién le tocaba limpiar el desaguisado, cargar con la culpa y encubrirlos si era necesario, mentirle al mismo supervisor? A sus ayudantes de laboratorio, por supuesto. ¿A quién si no?

*Herr Hofmann* no era así. Siempre seguía todos los procedimientos de seguridad al pie de la letra, siempre, ya fueran las ocho de la mañana o las cinco de la tarde, ya estuvieran preparando los productos para el primer proceso del día o para el último. Ella admiraba su eficiencia, su atención al detalle y su profesionalidad, pero había muchos otros motivos. Para empezar, no tenía reparos en aceptar a una mujer como ayudante, la única en toda la compañía, y además no era un hombre sin sangre en las venas, sino que tenía carácter. Era amable hasta en los

días malos, siempre tenía para ella una mirada amable o una sonrisa, y bajo su bata de laboratorio se intuían unos músculos trabajados, resultado del ejercicio y de las horas de entrenamiento en el club de boxeo. El cabello le empezaba a ralear, pero se peinaba hacia atrás como Adolphe Menjou, así que apenas se notaba, y usaba gafas en el laboratorio, que solo le hacían parecer más elegante. Puede que ella estuviera enamorada, puede que así fuese, aunque, por supuesto, no lo admitiría ante nadie, ni ante su mejor amiga, Dorothea Meier. Sin duda tampoco ante su madre, que si hubiera albergado la más mínima sospecha de que su hija tenía un idilio con un hombre mayor – un hombre casado, por si fuera poco, con hijos– se habría plantado en el edificio y se la habría llevado a casa a rstras y agarrada por el pescuezo.

Era abril. Al otro lado de las ventanas hacía un día radiante, el aire olía a primavera, el mundo cantaba, y ella estaba nerviosa. ¿Y qué si existía una larga y respetable tradición de científicos que habían experimentado consigo mismos? August Bier se abrió un agujero en su propia espina dorsal para averiguar si la cocaína inyectada directamente en el fluido cerebroespinal era un anestésico efectivo; Werner Forssmann se introdujo un catéter por una incisión en el antebrazo y a lo largo de una vena, hasta llegar al corazón; para comprobar si era posible hacerlo, Jesse Lazear se dejó picar por un mosquito infectado para demostrar que el insecto era el vector de la fiebre amarilla... Los fracasos eran tan abundantes como los éxitos. Lazear obtuvo la respuesta que buscaba, pero murió diecisiete días después, así que ¿de qué le sirvió? O a su mujer, si es que la tenía. Pero eso no iba a pasarle a su jefe, se dijo; no iba a pasarle nada. Él iba a tomar una dosis tan pequeña del compuesto –nada más que doscientos cincuenta microgramos– que no podía tener ningún efecto adverso, y en caso de que lo tuviera, ella estaría a su lado para ayudarlo.

Esa mañana había llegado al trabajo de buen humor, sin sospechar lo que él tenía en mente; tampoco que iba a ser un día diferente a los demás. Hacía tan buen tiempo que había ido al trabajo en bicicleta, en lugar de tomar el tranvía, y el aire fresco y el sol la habían hecho sentir como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

–Buenos días, *fräulein* Ramstein –le había dicho animadamente *herr* H, cuando ella cruzó la puerta, después de haber colgado la chaqueta en el armario y haberse puesto la bata de laboratorio. Estaba sentado en su mesa, había levantado la vista del cuaderno de notas y le sonreía–. ¿Ha visto usted cómo están brotando los narcisos? Es como si alguien se hubiera dedicado a plantarlos mientras dormíamos.

–Sí, es verdad –murmuró ella–, todo está muy bonito. Antes de que nos demos cuenta ya será verano.

Y como se trató de una conversación cotidiana, mejor que mejor, porque eso significaba que todo estaba muy tranquilo, el trabajo sería el de siempre, y nada iba a pasarle ni a ella ni a su jefe, ni ahora ni nunca.

Pero en ese momento, sin dejar de sonreír, él le dedicó una larga mirada y dijo:

–¿No le pareció a usted raro que el viernes por la tarde me fuera temprano a casa?

Se lo había parecido, pero no había dicho nada entonces y tampoco lo dijo ahora; se limitó a quedarse en el umbral, a la espera.

–Claro está, usted sabe que no es propio de mí. Creo que no he faltado a trabajar más que dos días en los... –hizo una pausa para reflexionar– catorce años que llevo en la compañía. Pero me sentía tan raro y desorientado que pensé que había cogido la gripe o que tenía fiebre o algo por el estilo. –Hizo un alto, le sostuvo la mirada, impidiendo que ella se moviera–. De todas formas, no era eso. No lo era en absoluto. ¿Sabe usted lo que era?



Ella no tenía ni la menor idea, pero fue entonces, en ese preciso instante, cuando algo comenzó a hacer tictac en su interior, igual que las bombas de relojería que los rebeldes usaban contra los ocupantes de Vichy y los Países Bajos.

—El producto, el *compuesto*. Usted sabe lo cuidadoso que soy, lo riguroso, en especial con los compuestos tóxicos. Pero nadie puede ser perfecto todo el tiempo y me di cuenta, a la mañana siguiente, de que, durante la recristalización, una traza de la solución entró en contacto con mi piel, en la muñeca o en el antebrazo, creo, o puede que impregnase las puntas de los dedos cuando me quité los guantes. Una traza. Nada más. Y le aseguro que nunca había experimentado nada igual. Fue como si estuviera embriagado, borracho de pronto, aquí mismo, en el laboratorio, a plena luz del día. Pero además, y lo que es especialmente extraño, cuando llegué a casa, toda clase de formas e imágenes fantásticas empezaron a girar ante mis ojos, incluso con los párpados cerrados.

Ella dijo lo primero que se le pasó por la cabeza:

—Entonces lo probó.

—Sí —dijo él, y se levantó de la silla y cruzó la habitación para plantarse ante ella y escudriñarle los ojos como si buscara algo que hubiera perdido—. ¿Pero cómo? ¿Por qué? ¿Y qué significa esto?

No podía pensar. Le tenía demasiado cerca. Tanto que podía oler el caramelo que se estaba tomando para disimular su aliento.

—No sé —contestó—. ¿Que tuvo suerte?

Él soltó una risa sonora.

—Suerte, exactamente. Aquí hay algo, lo sé, de veras.

—No —dijo ella retrocediendo un poco. Todas las precauciones, todas las reglas, todo cuanto había aprendido durante sus estudios, y el tiempo que llevaba como empleada fija, todas las historias horribles sobre intoxicaciones por error, salpicaduras y quemaduras cáusticas le atra-

vesaron la mente como bandadas de aves con alas negras. *Nunca verter agua en el ácido. Todos los materiales volátiles deben ser manipulados bajo la campana y con el extractor encendido. Lleva siempre bata y guantes*—. Lo que quiero decir es que ha tenido usted suerte de que no fuera peor. Ha tenido suerte —hizo una pausa y sintió crecer algo dentro de sí, una mezcla de miedo, pérdida y amor—, suerte de seguir vivo.

El producto era uno de los compuestos de hongos que *herr H*, había sintetizado en 1938, cuando ella tenía solo dieciséis años y trabajaba como *au pair* en Neuchâtel, y él era un químico joven y ambicioso que buscaba sintetizar un derivado de la Coramina, un estimulante cardiovascular producido por Ciba, uno de los mayores rivales de la compañía. La estructura de la Coramina —dietilamida de ácido nicotínico— era asombrosamente similar a la del ácido lisérgico, el componente básico de los alcaloides de cornezuelo que su mentor, Arthur Stoll, había aislado dieciocho años antes, y *herr Hofmann* llegó a la conclusión de que poseería propiedades y usos parecidos. Llevó a cabo investigaciones durante tres años, estudios que produjeron una sustancia útil —la ergobasina, comercializada por la compañía para uso en obstetricia, pues favorecía la dilatación del útero y reducía el sangrado tras el parto— y una serie de derivados del ácido lisérgico que, desafortunadamente, no parecían muy prometedores, incluida la iteración veinticinco: dietilamida de ácido lisérgico. La unidad de farmacología descubrió que era un treinta por ciento menos efectiva que la ergobasina, pese a que en pruebas con animales pareció poseer un vago efecto estimulante, produciendo cierto grado de agitación en ratas, conejos y perros. Pero Sandoz no comercializaba estimulantes para animales inferiores, y el compuesto quedó aparcado, junto con sus veinticuatro antecesores.

El asunto era –y él ya había tratado de explicárselo la semana pasada– que no podía sacárselo de la cabeza. Le pagaban por experimentar y por ser creativo; para averiguar los secretos químicos de las sustancias naturales (como el cornezuelo, el hongo parásito de los cereales que las matronas habían venido utilizando en preparados desde tiempos inmemoriales) con el fin de producir nuevos medicamentos para la compañía, para que luego esta, a su vez, los pusiera en el mercado y obtuviera beneficios para sus inversores y, por extensión, para sus empleados. Esa era su labor, su motivo de orgullo, parte de lo que le hacía disfrutar en el trabajo; la naturaleza presentaba un misterio y el objetivo de la ciencia era desentrañarlo y ver lo que había detrás. Tenía una corazonada con aquella síntesis, eso fue lo que le dijo («*Ich habe ein Vorgefühl*»), con aquella en particular, y aunque era poco frecuente seguir experimentando con una droga una vez que la Farmacología se había pronunciado sobre ella, tenía el presentimiento de que allí podía haber algo que hubiesen pasado por alto. Fue así como el viernes ella le ayudó a preparar una nueva síntesis para las próximas pruebas. Él se intoxicó sin advertirlo y se marchó pronto a casa. Ahora estaban a principios de semana, era lunes, y él planeaba exponerse de nuevo a la sustancia de manera intencionada.

Allí estaba, más cerca que nunca, y a ella le latía el corazón con fuerza. Era extraño, él no parecía parpadear – miraba fijamente, pero no a ella, sino a algo situado más allá, acariciaba una *idea*–, y durante un intervalo de tiempo interminable no dijo una palabra. Cuando le comentó lo que quería hacer, no lo pudo evitar, se le escapó un grito; la noticia la impactó bastante.

–¿Pero no sería mejor probarlo en animales primero, por si, quiero decir, se produjeran efectos adversos o usted, usted...?

Tuvo que apartar la mirada. No era su papel cuestionarle; él había ido a la universidad, era un hombre instrui-

do, era su jefe, y ella era aún una niña, solo tenía 21 años. Ni siquiera había ido al instituto, ninguna de las chicas que conocía lo había hecho. En el lugar y en la época en la que vivía, lo que se esperaba de las mujeres era que se casaran y formasen una familia. Eso era todo. Bueno, a lo mejor trabajaban uno o dos años como *au pairs* o aprendices en una tienda, como mecanógrafas o como ayudantes en un laboratorio químico, pero el matrimonio era lo que les esperaba, su destino. Y eso hacía que asistir al instituto estuviera de más.

–¡Ja! –dijo él, apartándose mientras se daba la vuelta como un bailarín, más excitado de lo que ella le había visto nunca–. Ya hemos pasado por eso, como le conté. Lo único que harían los estirados de Farmacología es aplicar una dosis a un par de perros y las pupilas de los animales se dilatarían y su temperatura corporal subiría y les volverían a meter en sus jaulas. Pero los perros no hablan, los perros no pueden decirnos nada sobre las propiedades psicoactivas que puede tener este compuesto, las que seguro que tiene este compuesto, estoy convencido.

–Usted no es un conejillo de indias –le dijo ella; no estaba dispuesta a ceder. El hongo era peligroso. Lo había consultado en la biblioteca porque quería estar informada, quería *entender*, y lo que descubrió le asustó más todavía. Cuando el hongo que había en el cereal iba a parar a la harina, este llegó a intoxicar a pueblos enteros en la antigüedad cuando la gente lo consumía con el pan, sin que nadie sospechara lo que estaba sucediendo. Causaba convulsiones, diarrea, parestesia, y peor aún, demencia, psicosis y gangrena, que hacía que la nariz, las orejas y los dedos de las manos y de los pies se pudriesen y se cayesen.

–Lo soy –insistió él–. Lo soy. Y usted va a ser mi testigo.

El mediodía se fue como llegó. Ella no se marchó a su casa a comer, sino que se sentó fuera, al sol, y mordisqueó

el sándwich que su madre le había preparado por la mañana. Todo a su alrededor vibraba con la actividad del momento. Los empleados de las tiendas y los oficinistas hacían pícnicos en los bancos del parque o sobre unas mantas en el césped; había abejas volando alrededor de las flores, pájaros en los árboles y palomas que volaban y se posaban como las hojas que arrastraba el viento. No tenía apetito pero se obligó a comer, tratando de no pensar en lo que le esperaba. No era nada en realidad, se repetía, porque el hongo solo era tóxico en dosis altas y frecuentes, de modo que la foto que había visto de los pies flacos y deteriorados de un campesino afectado de ergotismo era el resultado de una ingesta continuada de pan, de tomar el pan con el hongo a diario. Dio un mordisco al sándwich y, a continuación, lo examinó: la nitidez del semicírculo de sus dientes, las migas, el rosa del jamón, el amarillo del queso. El sol le calentaba la cara. Se distrajo. Mastició. Tragó. Vio una nube con forma de guadaña que se deslizaba sobre el rostro del sol y se deshacía.

*Herr Hofmann*, siempre pendiente del ritmo de la empresa, aplazó el experimento hasta la última hora del día. Ella se mantuvo ocupada limpiando el material del laboratorio, lavando y secando matraces, embudos, varillas de vidrio, frotando con un trapo las barras que ya había frotado dos veces, pero sin perderle de vista a él, sentado en su escritorio haciendo anotaciones en su diario de laboratorio. La tarde llegaba a su fin. Comprobaba de nuevo el inventario, a falta de algo mejor que hacer, cuando, de pronto, él empujó la silla hacia atrás, se puso en pie y se acercó.

–Bueno –dijo–, ¿está usted lista, *fräulein*?

Eran las cuatro y veinte de la tarde –él tomó nota de la hora para dejar constancia, y lo mismo hizo ella– cuando diluyó cero coma cinco centímetros cúbicos de solución acuosa de tartrato de dietilamida, en la proporción de me-

dia parte por millar, en diez centímetros cúbicos de agua, esbozó una sonrisa, alzó el vaso como si brindara y se bebió el contenido de un trago.

—No sabe a nada —declaró mirando hacia los cristales brillantes de la ventana—. Si no lo supiese, diría que acabo de tomarme un vulgar sorbo de agua para humedecer la garganta. —Y sonrió de nuevo—. Porque no es recomendable tener la garganta seca, ¿verdad?

Su ayudante respondió tan bajito que casi ni se oyó ella misma.

—Así es —murmuró, mirándolo con atención, casi recreándose. Aquel hombre brillante, aquel genio, ¿por qué no había elegido a otro para la prueba, a alguien que no tuviera tanto que perder? Podría haber pedido voluntarios, pagar a alguien, a Axel Yoder, el paleta que fregaba los pasillos durante todo el día, arriba y abajo, como si fuese una cuestión de vida o muerte. O a la bizca de la carnicería de su calle. Podría haber pagado a esa mujer, ¿no? ¿Qué sabría ella? O probarlo en un mono, ¿qué había de malo en hacer la prueba con un mono?

Veinte minutos después, no había ocurrido nada. Ambos volvieron a su trabajo, el sol continuaba brillando, un teléfono sonó en alguna parte del pasillo. Ella apenas podía respirar. Estaba ansiosa por preguntarle si notaba algo —algún efecto, cualquier cosa—, pero de pronto se sentía cohibida, como si eso fuera una obligación, como si de algún modo pudiera peligrar el experimento si hablaba. La toxina estaba en el interior de él, se trataba de *su* cuerpo, de *su* ensayo. ¿Había algo más íntimo que eso? Pensó en Werner Forssmann y en cómo tuvo que contener a su enfermera para que no interfiriera y le impidiera introducirse el catéter en la vena cubital hasta llegar al corazón. Entonces deseó haber ingerido el compuesto con él. O en su lugar.

Cada minuto caía como un mazazo. Deseaba ponerse en pie, acercarse, aunque solo fuera para apoyarle una

mano en el hombro, haciéndole saber que seguía allí, pero refrenó el impulso una y otra vez. Y entonces, justo cuando las campanas de la iglesia dieron la hora, él se volvió de repente en la silla, la miró por encima del hombro y rompió a reír. ¡A carcajadas! Y no con una simple risita nerviosa o un estallido aislado, sino con unas risotadas explosivas que le sacudían una y otra vez hasta saltarle las lágrimas.

—¿Qué? ¿Qué sucede? ¿Qué siente?

Él intentó levantarse, pero se desplomó en la silla, asfixiado de la risa.

—Estoy, estoy... —apenas podía articular una palabra— ligeramente... mareado..., no sé. —Y volvió a reírse repentinamente, pero ahora era más un chillido que otra cosa—. Contento, alegre, *fräulein*, ¿y por qué debería sentirme así?

Ella estaba a su lado, incapaz de respirar con normalidad, e hizo lo único que podía hacer: le tocó el antebrazo con suavidad. Él volvió la cabeza para mirarla fijamente, su pregunta revoloteaba aún en el ambiente. Ella observó que se le habían dilatado las pupilas igual que a los perros de los ensayos en el laboratorio de los que él le había hablado. Estaban tan dilatadas que no se le distinguía el color de los ojos. Normalmente, eran color caramelo; ahora eran negros, brillantes y muy negros. Ella tomó nota mental para luego ponerlo por escrito y se preguntó por qué le dolía la boca del estómago y por qué, de pronto, se acordó de *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*.

—Debería... —comenzó a decir él, y volvió a reírse, agitando un brazo delante de su cara, como si fuese un director de orquesta—. Tengo que registrarlo...

Tomó su bolígrafo y muy despacio y de manera metódica escribió una única línea en su cuaderno: «17:00: Comienza el mareo, la sensación de ansiedad, la distorsión de la visión, los síntomas de ataxia y el deseo de reír».